

TEXTO COLECTIVO UNO: 29 DE MARZO DE 2010

Autores: Gabriela Vacca, Gabriela Vidas, Karina Rey, Mirta Bertolyotti, Polo Juárez, Carolina Carolinita, Luz Viñals y Patri Lerner

Algo olía a quemado y como no soy una experta cocinera olfateé como un sabueso los enchufes, los aparatos electrónicos y los resquicios. ¡Carajo! -grité- ¡El pan de carne! Por primera vez había invitado a mis futuros suegros... ¡Bah! Mi futuro suegro con su novia de veinte años, a mi futura suegra con su novio de treinta y a su ex de setenta. Éste último, impuesto bajo amenaza de destrucción familiar. ¿Qué podía hacer? La comida estaba arruinada. Llamar a Carlos y decirle que suspenda la cena sería para enredarnos en una pelea que no sabría ganar porque él ya se había dado cuenta de que esa reunión me parecía horrible; y ahora lo terminaría de confirmar. Entonces, llamé a mi vieja, y aunque sé que es un águila siempre desesperada por cazar una presa, me arriesgué. Llegó vestida para matar, cinco minutos antes que el catering que había encargado, y quince antes que los invitados. Mientras encendíamos las velas, me dijo:

- Sinceramente me alegra que me llamas, alguien debe defenderte de los buitres, nunca tuviste ojo para elegir novio o zafarte de la poca salud de su familia...

Seguía hablando mientras se pintaba la boca frente al espejo del pasillo y por enésima vez pellizcaba su vestido para que baje un poco más, y yo me repetía en la cabeza: Espero que no empiece con el: "Querida, vos sabés que mamita siempre resuelve todo". Odié su sonrisa triunfal y su perfume importado -que olía exquisito, para ser sinceros-. Ella desbordaba estilo Mirta Legrand y yo estaba lejos de ser una Tinayre. Por lo menos, emparejaba la velada, con el de setenta podría hacer una buena dupla pero yo temía sus miradas llenas de suspicacia hacia el flamante novio de treinta.

Volví a olfatear y el olor a pan de carne quemado ya casi había desaparecido. Ella -mi madre-, agradeció al destino el incendio culinario. Qué menú poco glamoroso, me reprochó apenas escuchó mi pedido de auxilio. Y era cierto, había buscado lo más sencillo y no lo más cool. Me encontré lejos de Narda Lepas, también. Y me reí por dentro de mis metáforas televisivas. Con Carlos compartíamos la desventura de tener familias de origen algo bizarras. Nos unía el amor y también, el espanto.

Perdida en esos pensamientos estaba cuando sonó el celular de mi madre. "Qué raro, llaman del servicio de catering" dijo. La expresión que se le formó en el rostro fue una mezcla de desesperación e ira. "¿Cómo? -preguntó casi a los gritos- ¿eso qué quiere decir?, ¿usted se da cuenta que faltan veinte minutos?, ¡eso ya debería estar acá!". Así comenzó la discusión telefónica que más bien era un monólogo de mi madre.

Mientras discutía sonó el timbre. La comitiva había llegado con una puntualidad inglesa. Empujé a mi madre con su celular hacia una de las piezas, cerré la puerta y me dirigí a recibir a los invitados. Primero se presentó un hombre muy mayor sostenido por un musculoso y bronceado muchacho: "Soy Miguelito" y no pudo decir nada más porque el esfuerzo lo consumió. ¿Será el padre o el ex de setenta?, pensé.

- ¿Me disculpa un segundito? Es que ahora le toca el Finestrine para la próstata.

Me parecía que un personal trainer de la tercera edad no se iba a presentar como "Miguelito", quien resultó ser un acompañante terapéutico del PAMI. Le señalé la cocina mientras atendía, ahora sí, a mi futura suegra con su flamante novio.

- ¡Hola, querida, qué mona que sos! -Dijo, disparando un beso hacia la puerta del fondo. Le arrimé la mejilla como para recibirle el gesto.

- ¡Bienvenidos, pasen! Vos debés ser...

- Maximilian, es un placer. Respondió un fauno aristócrata mientras me tomaba la mano para besarla como en una película de Europa Europa. No tengo vajilla a la altura de este personaje, pensé. Los acompañé al living y me asomé a la pieza buscando novedades del catering. Quince años de terapia y un día cualquiera descubrí que seguís necesitando a tu madre. Buen motivo para un juicio por mala praxis, pensé. Encontré a mi madre fumando un cigarrillo y con expresión relajada.

- Ya está todo arreglado mi cielo, habían tenido un problemita con la mayonesa. ¿No me vas a presentar a los invitados?

Volví sobre mis pasos, temerosa de lo que pudiera ocurrir entre tanto sobresalto cuando un shock adrenalínico casi me tumba de rodillas: ¿y Carlos?

Como si hubiera tenido premoniciones, escuché sus risotadas en el living. Carlos saludaba a todos y todos a él, felices de verse. ¡Qué sainete! pensé. Me acerqué para besarlo y casi me infarto: como en las novelas, un poderoso rastro de lápiz labial -que no era mío ni reciente- estampaba el cuello de su camisa. Ya vengo dije, y volví a entrar en la pieza. Mi madre preguntó: "¿qué te pasa? estás desencajada...". No le pude contestar. Un deslave de "yo te dije" sepultó cualquier intención de confesar sospechas y miedos.

- Es el calor, mamá. Ya se me va a pasar -Le contesté tratando de recomponerme- ¿Vamos?

Las dos entramos al comedor y Carlos se abalanzó sobre mi madre al grito de "¡suegrita! ¡Hace mucho que no nos vemos!". La visión de rayos láser de mi progenitora no pudo dejar pasar lo que para mí era la prueba del delito y con su sarcasmo de siempre dijo:

-¡Sacaste a pasear los besos de mi hija! -Lo dijo en su mesura, el disimulo evidente de siempre no logró, esta vez, enmascarar su rabia. Todos son iguales, diría después, segura y sin apuestas.

El mismo disimulo de cada mesa familiar, cuando papá se sentaba a cenar al volver del taller, de punta en blanco, para después partir hacia el destino por todos conocido y aniquilado de palabras mudas sobre silencios tiesos.

- ¿Gustan tomar algo? -dije para quebrar la tensión del momento- Carlos, en unos minutos estaremos almorzando, ¿podés hacerte cargo de los tragos?

Como en su casa, atravesó el espacio que lo separaba del bar y comenzó a destapar las botellas. ¡Los cubos de hielo! ¡Dios mío, hoy necesito sobre mi sienes, todos esos cubos de hielo! Un zumbido lejano devino luego en la sirena de una locomotora atravesando campo abierto rumbo a mi cuerpo cruzado sobre las vías. Cuando cerré los ojos para esperar el impacto, se transformó en el timbre de mi casa. Volví sobre mis pasos y abrí la puerta: Blancanieves y un solo enanito, mi ¿ex? futuro suegro con vaquero deshilachado, camisa de bambula y ojotas franciscanas. Me pareció ver un piercing, pero no podría asegurarlo.

- ¡Pasen! -Fue todo mi saludo, antes de correr al baño a mojarme la cara. Acá se pudre todo en cualquier momento, pensé. Respirando hondo y, aunque no me gusta tomar psicofármacos, engullí

cerrando los ojos "la naranja" con un sorbo de agua de la canilla. Esta debe ser la más fuerte. ¡Qué sea lo que Dios quiera! -suspiré y salí-

El cuadro no era alentador. Blancanieves estaba recostada de espaldas sobre Carlos que seguía, animado, conversando con Maximilian. ¿Qué le pasa a este hombre? ¡Es el colmo!

En el rincón de los helechos, mi vieja aconsejaba a mis dos suegros sobre el sexo después de los sesenta. Y en la cocina, Miguelito se disputaba con mi perro la fuente con el pan de carne quemado. Soy la única que sobra, está claro.

Estaba por aullar como un lobo estepario cuando sonó el timbre. Abrí la puerta y un muchacho con voz de Plácido Domingo entonó una canzoneta mientras colocaba una fuente plástica en la mesa.

- ¡Molto brigado! -gritó mi vieja, mezclando tano con portugués, pagó el catering y empujó al soprano hacia afuera- ¡A la mesa, que se enfría!

Mi vieja es de las que dicen: "es preferible que te caiga mal a tener que tirarlo", así que comenzó a ubicar a los invitados como si fuera Navidad en medio de la guerra.

Como si la maldición no hubiera sido suficiente, se cortó la luz.

- Voy a buscar un farol y velas -grité para tapar los clamores y quejas. Fui a la cocina y tropecé con Miguelito que comenzó a seguirme por todos lados porque ninguna disculpa le era suficiente. - ¡Ya basta!- vociferé. Mi paciencia se había ido con la electricidad y como si hubiera estado poseída comencé a buscar el maldito farol. De repente me detuve y agucé el oído. ¿Qué pasó? No se escuchaba palabra alguna ¿Y el lacayo que tenía hacía un instante a mi lado? Ni siquiera podía percibir su presencia. Un principio de temor comenzó a golpearme el corazón, pero decidí dejarlo a un lado y seguir con la búsqueda de algún objeto que me permitiera ver y mirar. ¿Por qué nadie habla? -Pensaba en los motivos cuando por fin di con una linterna.

La prendí e iluminé la cocina. Ni un alma.

- ¿Dónde están todooossss???? -grité dos veces. Ni una sola voz me respondió, no había nadie, ni mi perro.

Esta es mi oportunidad, pensé. Corrí a mi habitación, metí unas pocas pilchas en el bolso de mano y me lo cargué al hombro, me escondí en el corpiño todo el dinero que tenía, revisé la billetera: la tarjeta de crédito estaba (la extensión que me dio mi vieja), los documentos también.

Cuando el taxi ya se dirigía rumbo a la terminal de micros, respiré profundo y por primera vez en semanas, me sentí feliz.